

CAPÍTULO II

IDEA DE COMUNIDAD EN LA PATRIA GRANDE NOSOTRXS EN AMÉRICA

En los proyectos políticos latinoamericanos encontramos rastros de las experiencias originarias y originales de nuestro continente. Dos claros exponentes de este pensamiento fueron Simón Rodríguez y José Martí, referentes ineludibles a la hora de definir una identidad propia, un nosotros latinoamericano.

Simón Rodríguez

A la hora de nuestra emancipación, Simón Rodríguez nos convocó a inventar. A contramano de los proyectos políticos que buscaban imitar a Europa o Norteamérica, Rodríguez nos propuso “pensar en América” (Rodríguez, 1988).

Simón Rodríguez (1769-1854) fue, entre tantas otras cosas, el maestro de Simón Bolívar. Su preocupación central fue la creación de un modelo social y político propio, alejándonos de quienes buscaban disciplinar a los *desarrapados*. (Huergo, 2015). La concepción de igualdad para Simón Rodríguez está íntimamente vinculada a su idea de educación, donde la igualdad no es un objetivo a alcanzar, sino el punto de partida de la instrucción pública. Rodríguez cree en la igualdad, pero no cree en abstracto, como si se tratara de una esencia o del resultado del paso por el sistema educativo. Rodríguez reconoce en la igualdad de existencias que se hicieron desiguales no por razones naturales, sino por injusticias (Huergo, 2015).

Rodríguez busca poner en escena a los últimos, y entre ellos, a los niños pobres:

La idea de pueblos lleva implícita la de comunidad. Comunidad de los que aún no tienen comunidad. ¡Entre tantos hombres de juicio, de talento, de algún caudal como cuenta la América! ¡entre tantos bien-intencionados! ...entre tantos ¡patriotas! ... (tómese esta palabra en sentido recto) no hay uno que ponga los ojos en los niños pobres. No obstante, en éstos está la industria que piden...la riqueza que desean...la milicia que necesitan... en una palabra, la Patria. (Rodríguez, 1988. T.I, p. 286)

José Martí

La historia de José Martí (La Habana, 1853) es una historia signada por la cárcel, la persecución y el exilio. Una de sus principales preocupaciones fue la unidad e identidad nuestroamericana. Como afirmó en *Nuestra América*, "el problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu" (Martí, 1891).

Su vida estuvo dedicada a la independencia del pueblo cubano. Combatir en el campo de batalla, convencer, enseñar y escribir formaban parte de una misma lucha: "Martí reúne una suma de saberes y de oficios no a expensas de su actividad política ni viceversa, sino como partes esenciales de un todo. Es un fundador, un sabio, un poeta porque es un dirigente revolucionario" (Fernández Retamar, 2016, p. 43).

Su espíritu independentista le costó seis años de cárcel y trabajos forzados cuando tenía apenas 15 años. En 1868, Puerto Rico y Cuba se alzaron en armas contra la corona española. El intento de Puerto Rico fue sofocado poco tiempo después, pero la guerra de Cuba duró diez años. Luego de una suerte de tregua, se reanudó la gesta independentista en 1895. La lucha, organizada por José Martí, no fue acompañada por las élites nativas sino por las clases populares, con presencia negra y mulata. Este pueblo en armas no se proponía solamente la independencia ante un alicaído imperio español, sino ante el imperialismo emergente. Martí aspira a detener, mediante la independencia de Cuba, el desborde norteamericano sobre el continente:

Martí conoció una tensión histórica que a ningún otro hispanoamericano le había sido dado vivir: concluye la obra del siglo XIX y prepara e inicia la del XX; proyecta dar remate a la secesión política, y anuncia la independencia económica y la justicia social; abarca la totalidad de la experiencia material y espiritual de sus pueblos; los ve en el sitio verdadero de su historia y los encabeza. No podemos conjeturar cómo hubiera sido un Martí al margen de esta precisa ubicación, un Martí utópico y ucrónico, como lo han sugerido algunos: tal hombre no existe. (Fernández Retamar, 2016. p. 48)

Martí ofrece horizontes y propone tareas desde nuestra realidad: “el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país” (Fernández Retamar, 2006. p. 126). Martí pasa la mayor parte de su vida en el exilio, junto a cientos de sus compatriotas, lo que explica su preocupación por educar a niños y niñas en el espíritu de su Patria. Martí, más allá de la incorporación de conocimientos, buscaba inculcar el amor a la Patria.

José Martí parte de los problemas de un país sometido a expoliación colonial. Desde allí piensa y actúa. Martí nace en una familia humilde y en un pueblo colonizado, lo que explica la sensibilidad con la que desde adolescente vive los problemas de su tierra. Con tal sólo 15 años, José Martí escribe el poema *Abdala*, donde el personaje principal es un joven africano que ante la amenaza del conquistador sale a combatir por su país natal. En una de las escenas la madre trata de convencerlo de que no vaya a la guerra. Pero el joven está decidido a morir en la batalla para defender a su Patria. Martí, sin saberlo, anticipa su propia historia.



La identidad nuestroamericana y el antiimperialismo

En su *Carta de Jamaica* (1815), Simón Bolívar decía que “no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del

país y los usurpadores españoles”. Martí, en 1877, escribió: “interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo viejo; no indígena, porque se ha sufrido la injerencia de una civilización devastadora: dos palabras que siendo un antagonismo constituyen un proceso. Se creó un pueblo mestizo en la forma” (Retamar, 2006).

Martí asiste al surgimiento de un nuevo imperialismo. Entre 1887 y 1892, durante su exilio en Nueva York, se desempeñó como cónsul de Uruguay, Argentina y Paraguay. La segunda revolución industrial aceleró los cambios y José Martí, que vivió de cerca ese fenómeno, empleó acertadamente el término imperialismo cuando tomó dimensión del rol que empezaba a cumplir Estados Unidos:

José Martí, con lenguaje propio, describió elementos característicos del desarrollo del imperialismo como: la concentración de la producción, la existencia del monopolio, el trust y el sindicato, de la superproducción capitalista y el excedente de producción; la concentración del capital financiero y la exportación de capitales; la agudización de las contradicciones sociales dentro de la sociedad norteamericana; el proceso de expansión territorial a costa de los territorios fronterizos en la región continental y el mar Caribe; de los intereses yanquis sobre las Antillas y la presión que ejercían cada vez más sobre las naciones de Centroamérica y Sudamérica, evaluando el papel que esto representaría en las contradicciones con la potencias europeas por un nuevo reparto del mundo en zonas o regiones de influencias. (Corzo Posse – Soto González, 2019, p. 7)

Martí observa el despliegue de la propaganda estadounidense, la que buscaba imponer una mentalidad de gran potencia, superior a la latinoamericana y a la europea. Martí comienza a llamarlos “la Roma americana” (Corzo Posse – Soto González, 2019). Frente a un proyecto imperial de alcance continental, Martí refirmará que “la salvación está en crear”:

Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la República no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la República. (Martí, 2005, p. 37)

Martí muere en el campo de batalla, el 19 de mayo de 1895. Con su lucha y sus reflexiones, inaugura el pensamiento nuestroamericano del siglo XX.

Rodolfo Kusch

El desafío de pensar un nosotros latinoamericano tiene en la figura del argentino Rodolfo Kusch (1922-1979) uno de sus mayores referentes. En línea con el pensamiento de Simón Rodríguez y José Martí, para Kusch, "no se puede educar en general. Se educa a alguien para se adapte a una comunidad y al sentido de la realidad que es propio de ella" (Kusch, 2007, T III, p. 113). Su texto *Un maestro a orillas del lago Titicaca* da cuenta de esta preocupación:

He aquí un problema de la enseñanza que se nos ha olvidado. Al lago lo conocen todos. A Pitágoras, nadie. El lago es inmenso y Pitágoras es chico. Es lo que solemos olvidar entre nosotros. ¿Se aprende para saber mucho, o se aprende para poder inscribir la propia vida en el paisaje? ¿Acaso no se aprende sólo para vivir? ¿Y por qué insistir en enseñar algo más que eso que llevamos en lo más hondo del alma, eso que se da como lago o como pampa afuera? (Kusch, 2007, T I, p.192)

En este mismo texto, Kusch señala:

Es que tenemos una psicosis del siglo cuyo síntoma evidente es el cohete. Desde que se inventaron estos artefac-

tos, todos piensan evadirse de donde sea: del lago o de la pampa. Pero en el cohete nunca habrá lugar para todos. Pero debe ser tan fácil construirlos ¿verdad? Mucho más fácil que hacer lo del maestro aquel: redondear la vida de sus alumnos simplemente con lo que necesitaban para continuar junto al lago. Esto último nos cuesta mucho más que construir un artefacto. Qué paradoja... (Kusch, 2007, T I, p.193)

Kusch nos propone estar en *América*. Habitarla. Y habitar supone, a diferencia del cohete, permanecer en el territorio para construir, en armonía con el paisaje, la comunidad que anhelamos.

